

es el principio de la sabiduría y el carácter de la justicia (porque esta idea es diametralmente opuesta á todas las ideas que nos dan sobre esto las escrituras, como tantas veces hemos notado), sino con aquella otra especie de temor, que es propio de los reos en presencia de su rey, á quien tienen ofendido y agraviado. *Turbabuntur à facie ejus*, se dice en el salmo LXVII, (*à facie patris orphanorum et judicis viduarum*); y en el evangelio: *Arescentibus hominibus præ timore, et expectatione, quæ supervenient universo orbi; nam virtutes cælorum movebuntur: et tunc videbunt Filium hominis venientem in nube cum potestate magnâ et majestate* (1). Y en el Apocalipsis, capítulo VI, v. 15: *Et reges terræ, et principes, et tribuni, et divites, et fortes, et omnis servus, et liber, absconderunt se in speluncis, et in petris montium: et dicunt montibus et petris: Cadite super nos, et abscondite nos à facie sedentis super thronum, et ab irâ agni; quoniam venit dies magnus iræ ipsorum: et quis poterit stare?*

Unid ahora el texto de Isaías con todo su contexto, y entenderéis al punto lo que quiere decir, como tambien lo que quiere decir san Pablo, cuando lo cita, para probar la voca-

(1) *Luc.*, c. XXI, v. 26.

cion futura de los Judíos: *Et timebunt qui ab occidente, nomen Domini; et qui ab ortu solis, gloriam ejus*. Esta es la primera mitad, no echeis en olvido la segunda: *cum venerit quasi fluvius violentus, quem spiritus Domini cogit: et venerit Sion redemptor, etc.* De modo que temerán los de oriente y occidente, cuando venga el Señor como un rio impetuoso, é impelido por el espíritu de Dios, y venga á Sion su Redentor. Leido este texto asi entero, se ve claramente lo que dice, y tambien lo que no dice. No dice, vendrá á Sion su Redentor, cuando tema el oriente y occidente, mucho menos cuando todo el universo estará lleno del temor y del conocimiento del Señor, sino al contrario, temerán los de oriente y occidente cuando venga á Sion su Redentor: *Et timebunt*, dice, *cum venerit*: no dice, *veniet cum timuerint*.

Esto mismo que aqui dice Isaías, y san Pablo que lo cita, lo habia dicho David en varias partes de sus salmos. Et salmo CI, por ejemplo, parece una oracion fervorosísima, en que el Espíritu Santo, *per os* David representa á la infeliz Sion, en el estado en que actualmente se halla, y en que la misma Sion habla en espíritu, se lamenta de su desamparo, y pide *gemitibus inenarrabilibus*. Entre otras cosas bien notables le dice á Dios estas pala-

bras : *Tu exurgens misereberis Sion : quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus.... Et timebunt gentes nomen tuum Domine, et omnes reges terræ gloriam tuam.* Y para mayor claridad añade luego la causa ó la ocasion de este temor : *Quia ædificavit Dominus Sion : et videbitur in gloriâ suâ. Respexit in orationem humilium : et non sprevit precem eorum. Scribantur hæc in generatione alterâ (ó como leen las otras versiones), pro generatione novissimâ.* Este mismo temor se lee en el salmo IX, en el XLVII, y frecuentemente en casi todos los profetas, como podeis haber notado en los lugares que hemos observado hasta aqui.

Fuera de esto, si Isaías en el lugar citado habla del temor santo de Dios que supone la verdadera fe, si de esta fe y temor santo de Dios estará lleno el oriente y el occidente, esto es todo el universo, cuando los Judíos se conviertan á Cristo y cuando venga su Redentor, ¿ á qué propósito se nos representa este redentor *indutus vestimentis ultionis, et quasi pallio zeli?* ¿ A qué propósito se dice que viene vestido con vestidura de venganza? *Sicut ad vindictam quasi ad retributionem indignationis hostibus suis, et vicissitudinem inimicis suis?* ¿ A qué propósito se añade : *insulis vicem reddet?* ¿ Contra quién puede ser esta

indignacion y esta venganza? Contra Sion, no, pues antes viene como su Redentor para librarla de su cautiverio : el tiempo de venganza para esta miserable ya entonces se ha llenado : *suscepit de manu Domini duplicia pro omnibus peccatis suis* (1). Contra el oriente y occidente, ó contra todas las naciones del universo tampoco puede ser, porque todas se suponen ya llenas del temor y del conocimiento del Señor, que parece lo mismo que llenas de fe y sabiduría. ¿ Pues contra quién tanta ira y tanto aparato de venganza? Si vos, señor, lo podeis concebir, yo confieso simplemente mi pequeñez. En este caso no hallo sentido ó significado alguno á todo el texto de Isaías : sus expresiones por el mismo caso que vivísimas me parecen la misma impropiedad ; y por otra parte, no hallo para que fin pueda citar san Pablo este mismo lugar de Isaías.

Parece que estos inconvenientes los consideraron bien otros muchos doctores, los cuales huyendo de ellos, tiraron por otro rumbo diverso, que les pareció menos embarazoso y mucho mas breve, diciendo que el profeta habla aqui no de la segunda, sino de la primera venida del Mesías y de sus efectos admi-

(1) *Isaiæ c. XL, v. 2.*

rables. Asi, el verdadero sentido de esta profecía es este (repararlo bien): El Mesías vendrá con todo el aparato y magestad, representado por estas semejanzas, es á saber, *indutus vestimentis ultionis, et opertus quasi pallio zeli. Sicut ad vindictam quasi ad retributionem indignationis hostibus suis, et vicissitudinem inimicis suis: insulis vicem reddet. Et timebunt, etc.* ¿ Todo lo cual, qué sentido tiene? Vedlo aqui: *sensus est*, que asi como varias gentes y naciones, esto es Egipcios, Asirios, Caldeos, Griegos y Romanos, sujetaron, afligieron, oprimieron en varios tiempos al pueblo de Dios: asi *vice versa*, todas estas naciones se sujetarán al Mesías, y serán dominadas por él; porque creyendo en él, recibirán su yugo suave, y observarán sus leyes con fidelidad y bondad, etc. ¡ O amigo! todas violencias tan notorias que las puede reparar el hombre mas distraido se hacen necesarias y necesarias con demasiada frecuencia para poder mantener el sistema favorable; para poder, digo, explicar ó acomodar las santas escrituras siempre á favor de la nueva plebe y de la nueva dilecta, y siempre en contra de la otra antigua, *derelecta, et odio habita.*

De todo lo que hemos observado en este fenómeno parece ya tiempo de sacar la última consecuencia sin esperar otras noticias, ni de-

tenernos inútilmente en mas observaciones. La consecuencia sea que, habiendo todavía otro tiempo para los Judíos; habiendo de llegar infaliblemente este tiempo de misericordia por mas que se repugne; habiendo de suceder en este tiempo la plenitud de Israel, la asuncion de Israel, etc. En este mismo tiempo se verificarán plenísimamente, *juxta litteram*, todas cuantas profecías hay á su favor, por grandes é increíbles que parezcan. Por consiguiente, el recurso tan frecuente de los doctores á la primera fortaleza, esto es á la Iglesia cristiana presente, *insensu allegorico*, para explicar dichas profecías (echando fuera de ellas á los Judíos como sino hablaran con ellos), es un recurso á lo menos poco seguro donde parece imposible defender largo tiempo las ideas favorables, é impedir el paso á las contrarias. Pasemos ahora á examinar de cerca y mas de propósito la segunda fortaleza, que está á la otra parte del camino real. Aunque esta parece mucho menor ó menos respetable, ordinariamente incomoda mas: pues en ella se hacen fuertes no ya con la pura alegoría, sino con la letra misma ó sentido literal de la escritura. Mas antes de llegar á esta operacion, debemos como por especie de parentesis responder á dos objeciones.

ANOTACION PRIMERA.

Las ideas que se proponen en este fenómeno, así del misterio grande de la vocacion de las gentes, como del misterio no menos grande de la vocacion futura de los Judios, aunque parecen muy conformes á las escrituras del antiguo y nuevo testamento, ciertamente no se hallan en los intérpretes sagrados, ni en los teólogos, ni en los padres antiguos de la Iglesia; luego son, ó pueden ser unas ideas falsas con apariencia de verdad, pues no parece verosímil que siendo verdaderas y justas se hubiesen ocultado á tantos sabios que pasaron toda su vida en el estudio y meditacion de las mismas escrituras, ni mucho menos que estos las hubiesen disimulado despues de conocidas.

RESPUESTA.

En otros tiempos confieso francamente que esta reflexion me hacia temblar; mas queriendo luego sacar aquella consecuencia, sentia clara y distintisimamente (y lo siento cada dia mas) que la repugnaba toda el alma, como si fuese una injuria á Dios, ó una falta de respeto á su veracidad, por respetos puramente humanos, y estos no

tanto positivos, quanto negativos; digo negativos, porque, aunque las ideas de que hablamos no se hallan ciertamente en los doctores, mas tampoco se hallan expresa y formalmente contradichas con pruebas y razones capaces de destruirlas, ni aun siquiera de hacerles alguna directa y formal oposicion. No obstante, como este argumento, aunque puramente negativo, puede facilmente ocasionar algún embarazo ó algun escrúpulo, (grande ó pequeño segun diversas complexiones) nos es necesario examinarlo de cerca, y decir sobre él tres ó cuatro palabras.

Dos cosas debemos considerar aqui. La primera es un hecho de que no se puede dudar; la segunda, es la causa ó el origen verdadero de este mismo hecho. El hecho es que ni los antiguos padres de la Iglesia, ni los otros doctores eclesiásticos que han escrito despues, han tratado este punto particular, de que hablamos de propósito y á fondo. Ninguno, que yo sepa, ha mirado el misterio entero de la vocacion de las gentes desde su verdadero principio hasta su verdadero fin; haciéndose cargo, digo, de todo lo que hay sobre esto en las escrituras, así del antiguo como del nuevo testamento: explicando de un modo claro y natural dichos lugares, comparando los unos con los otros, aten-

diendo á todo su contexto y respondiendole á las dificultades, etc.

Por una consecuencia natural, tampoco se han aplicado á examinar de cerca aquellos lugares de la escritura, tantos y tan notables que hablan del estado futuro de los Judíos, y de los grandes designios que Dios tiene todavía sobre ellos. El cual estado futuro de los Judíos parece absolutamente inseparable del misterio entero y completo de la vocacion de las gentes; es verdad que muchos tocan el punto de la conversion de los Judíos, y algunos dan tal cual señal, nada equívoca de haber divisado todo el misterio, especialmente cuando llegan á ciertos lugares mas notables que no es posible disimular. Mas segun todo lo que yo puedo alcanzar, me parece que apenas lo tocan por la superficie, y siempre con tanta prisa, con tanta indiferencia, y aun con tanto disgusto, que es capaz de advertirlo el hombre menos reflexivo. Confiesan en general, sobre alguno de estos lugares, que alli se encierran grandes misterios; mas no nos dicen qué misterios son, ni de qué personas se habla, ni para qué tiempo.

Muchísimas veces hablan como en suposicion, es decir como si fuese cierta é indubitable alguna suposicion implícita sobre que proceden manifiestamente, ó como si esta

implícita suposicion quedase ya probada y sólidamente asegurada. Mas no es difícil conocer que realmente estan muy lejos de entrar en el exámen de la misma suposicion, ni aun siquiera de confesar que proceden sobre ella. Suponen, por ejemplo (para explicarnos un poco mas), que la Iglesia cristiana debe durar indefectiblemente hasta el fin, ó hasta que ya no haya hombres vivos y viadores en esta nuestra tierra. Al mismo tiempo suponen, aunque implícitamente sin explicarse mucho, que la Iglesia cristiana deberá siempre estar y permanecer en las gentes como está ahora, sin novedad alguna. Suponen demas de esto que los Judíos, conservados de Dios entre las naciones, sin confundirse con ellas con una providencia tan admirable, serán alguna vez llamados del mismo dios, y se convertirán de todo corazon á su Mesías, que ahora no quieren reconocer. Mas en la suposicion implícita, que ninguno piensa examinar de cerca, de que la Iglesia estará siempre entre las gentes, como lo está ahora, se guardan bien de entrar en el exámen prolijo y exacto de aquellos mismos lugares de la escritura, con que establecen la conversion futura de los Judíos: muchos de los cuales, mirados de cerca, parece que destruyen y aniquilan su implícita suposicion. Todo esto que acabo de decir me

parece la pura verdad, sin quedarme sobre ello alguna duda ó sospecha racional. Cualquiera que tuviere práctica entenderá al punto lo que quiero decir : quien no la tuviere, ¿quién sabe lo que podrá entender?

Siendo, pues, este hecho cierto é innegable, es preciso que esto haya dependido de algun principio, ó de alguna causa legítima y justa, con la cual los doctores se puedan no solamente excusar, sino justificar plenamente *coram Deo et hominibus*. Porque pensar que hombres tan cuerdos, tan pios, tan santos, han procedido en estos asuntos, ó por pasión, ó por algun otro afecto menos ordenado, lo tengo por un pensamiento injusto y formalmente temerario. ¿Cual, pues, habrá sido la verdadera causa del silencio de los doctores eclesiásticos, especialmente de los antiguos padres, sobre el misterio entero y completo de la vocacion de las gentes; como tambien sobre el gran misterio de la vocacion futura de los Judíos? Esto es lo que voy ahora á proponer. Y para no detenerme en preámbulos inútiles, me parece que no hay que buscar esta verdadera causa, sino en la misma vocacion de los santos doctores, ó en el misterio propio é inmediato á que fueron llamados. Hablo en primer lugar y principalmente de los antiguos, y á proporcion de todos los

otros, que en diversos tiempos han servido á la Iglesia con sus escritos.

Los antiguos padres fueron en su tiempo aquella lengua erudita, ó de disciplina y enseñanza, que despues de los apóstoles dió el Señor á la nueva plebe, á la nueva dilecta, á la nueva esposa, á aquella de quien decia san Pedro, *qui aliquandò non populus, nunc autem populus Dei*: y san Pablo, citando á Oseas: *Vocabo non plebem meam, plebem meam; et non dilectam, dilectam; et non misericordiam consecutam, misericordiam consecutam*. Asi, el oficio ó ministerio propio de estos santos doctores no era otro que servir con todas sus fuerzas y talentos á esta nueva dilecta, atender en todo á su mayor utilidad, y mirar con verdadero zelo y continuada vigilancia por todos sus intereses. Debian, en primer lugar, darle ideas justas del verdadero Dios, quitándole al mismo tiempo, y procurando borrarle del todo aquellas ideas miserables, en que se habia criado, de sus dioses de palo y de piedra. Debian darle á conocer, y hacer digno concepto de la persona infinitamente admirable y amable del esposo; haciendo que entendiese bien que era verdadero Dios, como hijo natural del Dios mismo, y juntamente verdadero hombre, como hijo natural de la santísima Virgen Maria, y por

ella hijo también de David y Abraham; y esto sin confusión de las dos naturalezas divina y humana. Este solo punto tuvo bien ocupados á todos los doctores de los primeros siglos.

Debian, fuera de esto, hacerla comprender la pureza y santidad de vida, á que era llamada; explicándole clara y distintamente toda la moral de las escrituras máximamente de los evangelios. Debían alentarla con la esperanza cierta de un eterno galardón, y retraerla de toda la gloria vana del mundo y de todos sus venenosos placeres, con el temor de un castigo asimismo eterno y terrible, *qui paratus est diabolo, et angelis ejus*. Debía exortarla únicamente á la práctica de todas las virtudes, como que son el ornamento único con que puede aparecer graciosa y agradable á los ojos del esposo. Debían inclinarla con la mayor prudencia, discreción y suavidad posible al amor verdadero é íntimo del esposo, como que este es el principio de todos los bienes, como que hace fáciles las cosas más difíciles, y como que dignifica y santifica todas las acciones por pequeñas y ordinarias que sean. Debían zelar con sumo cuidado y vigilancia que no aprendiese de falsos maestros algún error contrario ó ageno de la sana doctrina, así en el dogma como en la moral. Debían, en fin,

instruirla perfectamente, y exortarla continuamente á la práctica de todas las cosas pertenecientes á su nueva dignidad. Veis aquí en resúmen la vocación de los santos doctores, ó el ministerio á que fueron llamados. Para este ministerio se les dieron los talentos ó los dones y gracias del Espíritu Santo, á unos más, á otros menos, *secundum mensuram donationis Christi*; y ellos correspondieron fielmente trabajando con ellos, y mirando siempre en su trabajo la mayor gloria de Dios en la utilidad de la Iglesia.

Es verdad que muchos de estos fieles y zelosos ministros, especialmente los más célebres, no se contentaron con esto solo. Habiendo registrado cuidadosamente todas las galas y joyas preciosas que se hallaban en los tesoros de la primera esposa (los cuales habían quedado en poder de la que había ocupado su puesto), los pareció engalanar á esta con todas ellas, creyendo buenamente que, arrojada aquella por sus gravísimos delitos, debía ya mirarse como realmente muerta, y sepultada *in terrá oblivionis*; por consiguiente que aquellas galas pertenecían todas á la nueva esposa, y podía esta servirse de todas según su voluntad. Entre ellas no hay duda que se hallaban algunas que le armaban bien y le venían justas; por tanto parecía claro que

para ella se habian hecho y guardado; otras se hallaban de no muy difícil acomodacion: con un poco de trabajo é industria se podian hacer servir. La gran dificultad estaba en otras muchísimas (las mas y mejores), que llegando á la prueba, se hallaban visiblemente desproporcionadas, y por eso inserviles. ¿Qué se hace pues con estas? Dejarlas dobladas sin algun uso, no puede ser, pues al fin no se hicieron sin gran acuerdo, ni se guardaron para que no sirviesen. Es necesario pues hacerlas servir todas del modo posible. Esto que intentaron algunos pocos de los antiguos (los mas ingeniosos y elocuentes) lo han proseguido con mayor empeño otros muchos doctores, animados del mismo zelo por la gloria y utilidad de la nueva dilecta. Mas despues de tantas y tan ingeniosas diligencias, es bien fácil conocer al punto por varias señas infalibles, que aquellas son galas prestadas, no propias; que no se hicieron realmente para el uso que se les quiere dar, sino que son acomodadas con industria y con artificio.

Mas volviendo á nuestro propósito actual, es certísimo que los antiguos padres, como maestros y ministros de la Iglesia presente, llamados de Dios *in opus ministerii*, no miraron otra cosa que su mayor servicio y utili-

dad; se ve frecuentemente que casi siempre en todos sus escritos, trayendo á consideracion varios lugares de la escritura santa (ya de profecía, ya tambien de historia), y hablando sobre ellos, prescinden absolutamente del verdadero historial y literal sentido de aquellos lugares de la escritura sobre que hablan, declinando luego á sentidos morales y puramente místicos para buscar en ellos alguna mayor utilidad y edificacion de los fieles. Asi les decia á estos san Agustin, *serm. 101 de temb. : Si enim hoc tantum volumus intelligere, quod sonat in littera, aut parvam, aut propè nullam ædificationem in divinis lectionibus capiemus.*

Siendo esto así, ¿cómo era posible que los zelosos y prudentísimos padres hablasen una sola palabra en favor de la primera esposa de Dios? ¿Cómo era posible que se divertiesen á otras cosas, que podian ser en aquellos tiempos perjudiciales? ¿Cómo era posible que se atreviesen á anunciar prosperidades á la primera esposa, en presencia de la que ocupaba su puesto? ¿Cómo era posible que no temiesen affigirla, desconsolarla, desanimarla y aun resfriarla en la caridad? ¿Cómo era posible, por consiguiente, que no procurasen interpretar todo á su favor, á su edificacion, á su utilidad? Lo contrario hubiera

sido, *attentis circumstantiis*, una suma imprudencia. ¿Por qué? Porque en las circunstancias en que se hallaban los antiguos doctores, no habia razon alguna para esperar de esto alguna utilidad: hubieran hecho mas daño que provecho. En aquellos priméros tiempos estaba la esposa en su juventud, y como jóven en sus primeros amores y fervores. Asi era necesario confirmarla en ellos, no amedrentarla con amenazas importunas; era necesario animarla mas y mas, no desanimarla; nutrirla con alimentos de vida, proporcionados á su edad y á su complexion delicada, no con alimentos dificiles de digerir aun á las personas muy robustas. Era necesario alegrarla *in Domino*, y dilatarle el corazon para que creciese cada dia mas en número y fervor; no desconsolarla y desanimarla con anuncios tristes y amargos, que por entonces no podian tener sino pésimas consecuencias.

Asi lo pensaron sin duda, y asi lo practicaron los santos y prudentes doctores. Tan lejos estuvieron de hablar una palabra favorable á la antigua esposa de Dios, que antes por el contrario se nota facilísimamente en todos sus escritos, que siempre que se ofrece alguna ocasion (y no pocas veces sin ocasion alguna) hablan mal de ella y dicen, sin faltar á la verdad, todo el mal posible; ya ponde-

rando sus antiguos delitos, sus infidelidades, sus adulterios; ya trayendo á consideracion el mal recibimiento que hizo á su Mesías, y la bárbara crueldad con que lo trató; ya reprendiendo su ingratitude, su dureza, su obstinacion presente, etc. ¿Y todo esto para qué? Para que sirva de leccion, de escarmientoy de edificacion de la esposa actual, y esta se anime y enfervorice mas en el ejercicio de todas las virtudes contrarias, correspondiendo fidelísimamente á su vocacion. Por esta razon no se explicaron los prudentísimos padres, ni aun siquiera tocaron muchos puntos verdaderamente delicados y críticos, temiendo las consecuencias legítimas y justas que naturalmente debian inferirse, las cuales por entonces parecian mas propias *in destructionem* que *in ædificationem*. Por esta razon hablaron tan poco, y esto en términos muy generales de la segunda venida del Señor sin descender á tantas otras cosas particulares que sobre esto hay en las escrituras. Por esta razon jamas se explicaron clara y distintamente sobre el juicio de vivos. Por esta razon el Anticristo con que estamos amenazados para los últimos tiempos, les parecio que no podia salir de las gentes sin gran deshonor de estas y desconsuelo de los fieles; por tanto debia salir de los Judíos, debia ser creído y

recibido de estos, debía ser un monarca universal, que con todo su poder hiciese la mas sangrienta guerra á la Iglesia ó á la nueva dilecta. Por esta razon el cuarto reino de la gran estatua fue el romano, y la piedra ya bajo del monte *in uterum virginis*, y entonces destruyó la estatua, destruyendo ó empezando á destruir el imperio del diablo, y formando otro nuevo imperio, esto es la Iglesia presente ó la nueva esposa. Por esta razon, en suma, hasta ahora no sabemos bien qué es lo que pedimos al Señor por aquellas palabras: *Adveniat regnum tuum*. (Vease la anotacion siguiente.)

Debo ahora satisfacer en breve á otra réplica, ó admonicion que se me puede hacer, pues ya se me ha hecho. Aunque estas ideas, oigo decir, fuesen realmente buenas y justísimas; aunque fuesen tan conformes á las escrituras, como ciertamente lo parecen, debía yo no obstante, y todo fiel cristiano, observar el mismo silencio, y proceder con la misma prudencia y circunspeccion, con que en estos asuntos han procedido los doctores: no negando expresa y formalmente, *quod expressum est in scriptura veritatis*, lo cual es cierto que *non licet*; mas interpretándolo de algun modo no imposible, ni difícil á favor de la nueva dilecta (pues al fin es esta nuestra

Señora, nuestra reina, nuestra madre, á quien tenemos tantas y tan grandes obligaciones), la antigua esposa de Dios infiel y adúltera, y por esto tan justamente *derelicta, et odio habita*, debe contentarse con que sus reliquias sean recogidas hácia el fin de los siglos, y agregadas misericordiosamente á la Iglesia de las gentes. Tanto mas debiera yo proceder en este modo cortés y prudente, euanto debo mirarme como un triste Judío que no tengo otra esperanza, ni puedo tenerla de salud, sino en cuanto he sido llamado y agregado á la nueva plebe, ó nuevo pueblo de Dios, etc.

Dos descargos tengo que dar á esta admonicion, los cuales se deben mirar como dos disparidades, ó como dos razones que tengo propias y peculiares, que no tuvieron otros escritores. Por estas dos razones (no divididas sino juntas y unidas entre sí), creo que no debo guardar el silencio que ellos guardan, ni proceder con la misma circunspeccion y prudencia con que ellos proceden.

PRIMERA RAZON.

Yo soy un cristiano y un católico por la gracia y misericordia de Dios, mas no por eso dejo de ser Judío; asi, aunque pertenezco inmediatamente á la esposa actual, y la reco-

nozco y venero por mi señora y madre, no por esto dejo de pertenecer de algun modo propio y natural á la esposa antigua de Dios, madre comun de todos los creyentes; no por eso puedo olvidarla, ni dejar de amarla con ternura (sin temor que por esto me llamen judaizante); no por esto puedo negar sin impiedad á esta madre mia, aunque por la presente tan deshonrada y envilezida. En esta consideracion ¡qué mucho que no guarde aquel silencio, que por justísimas causas han guardado otros escritores! ¡Qué mucho que mire por el consuelo, y por el verdadero bien de esta madre infeliz, actualmente *tempestate convulsa, absque ullá consolatione* (1)! ¡Qué mucho que pretenda hacer valer á su favor tantas escrituras auténticas y claras, que suelen ser ordinariamente todo el caudal de las viudas? Fuera de esto, no dejo de temer ser comprendido en aquella queja amarguísima del Mesías; el cual, en el capítulo LI de Isaías, mirando á esta paupércula en el estado de viudez, de soledad y desamparo en que ahora se halla, abatida y casi confundida con el polvo, le da la mano, lleno de compasion y de ternura, diciéndole: *Elevare, elevare, consurge Jerusalem, quæ bibisti de*

(1) *Isaia c. LIY, v. 11.*

manu Domini calicem iræ ejus: usque ad fundum calicis soporis bibisti, et potdisti usque ad feces. Luego, como mirando á todas partes, y como extrañando la indiferencia y frialdad de tantos hijos, respecto de su propia madre, se lamenta de ella, y los culpa y reprende, diciendo: *Non est qui sustentet eam (seu non est ductor ei) ex omnibus filiis, quos genuit: et non est qui apprehendat manum ejus ex omnibus filiis, quos enutrivit.*

SEGUNDA RAZON.

La segunda razon de disparidad, mucho mas inmediata ó mas sensible, es el tiempo mismo en que nos hallamos, infinitamente diverso del tiempo de los antiguos padres, y á proporcion de los otros escritores eclesiásticos. En cuya consideracion discurro asi. Yo, aunque Judío *de semine Abraham*, soy por la bondad de Dios un cristiano, un católico; un hijo, un súbdito de la esposa de Dios que actualmente reyna; luego debo servirla con todas mis fuerzas y talentos, no puramente con cortesías y palabras estériles, sino mucho mas con servicios reales y oportunos, segun los tiempos y circunstancias; luego segun estos tiempos y circunstancias debo no lisonjearla vanamente, sino decirla con toda reverencia la verdad pura; luego debo atender